

se ofrecen en todas las casas le contrariasen un poco, porque la hacian descender de la elevacion adonde la habia conducido la lectura de Plutarco, así como del cielo de sus ensueños, las desempeñaba con tanta gracia que nada se traslucía en su rostro del disgusto que semejantes ocupaciones le ocasionaban. Esta futura Eloisa del siglo XVIII, que leía las obras más sublimes, que explicaba los círculos de la esfera celeste, que sabía manejar el lápiz y el buril, y en cuya alma rodaban ya los pensamientos más atrevidos y los más apasionados sentimientos, se veía muchas veces forzada á preparar las comidas en el modesto hogar de la casa de su padre. Esta mezcla de estudios graves, de ejercicios elegantes y de faenas caseras, mandadas hacer por órden de su prudente é instruida madre, parecía destinada á prepararla desde muy temprano á las vicisitudes de su fortuna, y más tarde contribuyó mucho á que supiera sobrellevarlas con paciencia. Parecíase entónces en esto á Rousseau cuando arreglaba la leñera de madama de Warens, con la misma mano que debia escribir el *Contrato social*, ó á Philopœmen cortando leña en los bosques.

IV

Desde la oscuridad de aquella vida retirada distinguía algunas veces el mundo superior que brillaba por cima de ella, y los fugaces relámpagos que le hacian descubrir la alta sociedad ofendian más su vista de lo que la deslumbraban. El orgullo de aquel mundo aristocrático, que la veía sin reparar en ella, agobiaba su alma. y una sociedad en que no ocupaba un rango le parecía mal organizada, ménos por un sentimiento de envidia que por el de la justicia que se sublevaba en su interior contra las distinciones del nacimiento. Los séres superiores tienen su sitio destinado por Dios en la sociedad, y todo lo que les aparta de él les parece una usurpacion. Hallan que aquélla trastorna á menudo el órden establecido por la naturaleza, y se vengan de ella mirándola con el más profundo desprecio. De aquí nace el odio del genio contra el poder. Aquél sueña en un órden de cosas en que los rangos estuviesen designados como un premio de la virtud, y se agría al ver que casi siempre se conceden al nacimiento, por un favor ciego del destino, los primeros puestos de la sociedad. Hay pocas almas grandes que no sieñtan al nacer los rigores de la fortuna, y que al ver que ésta no les es propicia dejen de sublevarse interiormente contra la sociedad en general. Otras hay que, movidas por miras más altas, se resignan con la humilde condición en que Dios las ha colocado. Servir humildemente al mundo es más hermoso que dominarle; pero éste es el colmo de la virtud. La religion conduce á él en un dia, la filosofia no puede hacerlo sino al cabo de una larga vida y despues de experimentar muchas desgracias, y á veces hasta la muerte. Hay dias en que el destino más apetecible del mundo es el cadalso.

Yendo un dia la jóven en compañía de su abuela á una casa de las de la alta aristocracia, de la cual sus humildes parientes no eran, por decirlo así, sino unos *libertos*, la contrarió dolorosamente el tono altanero aunque un tanto cariñoso con que á las dos las trataron. «Mi altivez —dice— se sorprendió al oír hablar de aquella manera, mi sangre hirvió con más fuerza que de ordinario, y sentí que se me subía á la cabeza. Yo no me preguntaba entónces por qué razon estaba la señora de la casa sentada en un magnífico sofá, miéntas mi abuela y yo permanecíamos

en pié; pero tenia ese sentimiento que conduce á la reflexion, y vi gustosa terminarse la entrevista, con lo cual quedó aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia.»

En otra ocasion la llevaron á pasar ocho dias á Versalles, en el palacio de aquellos reyes cuyo trono debia minar un dia. Alojada en las buhardillas, en el cuarto de una criada de una de las damas de palacio, vió de cerca aquel lujo regio que ella creía pagado por la miseria de los pueblos, y notó muy minuciosamente aquella grandeza de los reyes elevada sobre el servilismo de los cortesanos. Los tronos de los reyes, las cacerías, los paseos y demas diversiones de la corte no ofrecian á sus ojos sino toda la vanidad de tan estériles pompas. Aquellas supersticiones del poder repugnaron á un alma empapada en las filosóficas ideas de verdad, de libertad y de antigua virtud. Los oscuros nombres de los parientes que la llevaban á presenciar este espectáculo, así como los humildes trajes de que iban vestidos, eran causa de que la mirasen los cortesanos sin usar con ella la menor atencion y sin dirigirlle otras palabras que algunas que indicaban más proteccion que respeto á su sexo y á su hermosura. El sentimiento íntimo de su juventud y de su mérito físico pesaba sobre su corazon al ver que aquellos dotes pasaban desapercibidos por unos palaciegos cuyo único Dios era el favor y cuyo solo culto era la más rigorosa etiqueta. La filosofia, la altivez natural, la imaginacion y la rigidez de su alma se hallaban igualmente heridas en aquella régia mansion. «Preferia—dice—las estatuas de los jardines á los brillantes personajes que veía en palacio.» Preguntándole su madre si se divertía y si estaba contenta de haber hecho aquel viaje, le respondió: «Estoy contenta, con tal que nos marchemos pronto; porque si permanecemos aquí unos dias más, aborreceré tanto á estas gentes, que no sabré ya qué hacer del odio que me inspiran». «¿Pues qué mal te han hecho?»—le contestó su madre. «Me hacen conocer lo injustos que son, y reparar en cuán absurdo es todo lo que estoy viendo.» Al ver aquel esplendor del despotismo de Luis XVI y la gran corrupcion de su corte, no hacía sino pensar en Atenas, sin acordarse de la muerte de Sócrates, del destierro de Aristides, ni de la sentencia de Focion. «No preveía—dice amargamente al hablar de esto—que el destino me reservase para ser testigo presencial de unos crímenes parecidos á aquellos de que fueron víctimas unos hombres tan grandes, y á participar de la gloria de sus martirios, despues de haber profesado sus principios.»

De este modo la imaginacion, el carácter y los estudios de aquella mujer la preparaban sin que ella lo supiese á ser una ardiente republicana. Sólo la religion, tan poderosa entónces sobre ella, hubiera podido contenerla en aquella resignacion heroica que somete el pensamiento á las órdenes de Dios. Pero la filosofia vino á ser su fe, y esta filosofia formó parte de su política. La emancipacion de los pueblos se unió estrechamente en su pensamiento á la emancipacion de las ideas. Ella creyó trabajar en favor de la humanidad contribuyendo á derribar los tronos, y servir á Dios al mismo tiempo que trabajaba por derribar sus altares. Tal es la confesion ingenua que hace ella misma del cambio repentino que hubo en sus ideas.

V

Esta interesante jóven tenia numerosos pretendientes á su mano. Su padre quería casarla sin salir de su clase, porque apreciaba sobremanera el comercio mirán-

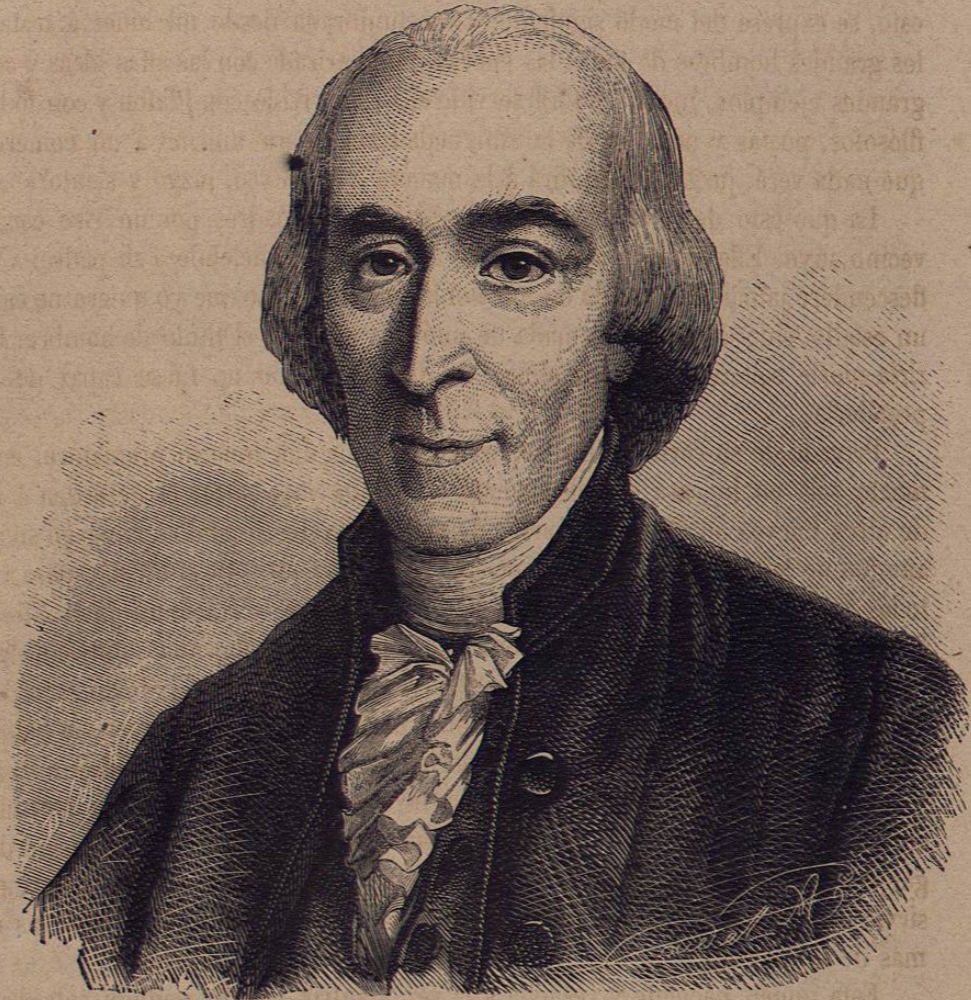
dole como la fuente de todas las riquezas. Su hija lo despreciaba, porque á su vista sólo era el comercio la fuente de la avaricia, por cuya razón le repugnaban todos los que á él se dedicaban. Quería encontrar un marido cuyas ideas y sentimientos estuviesen en armonía con los suyos, y sólo deseaba hallar un alma simpática, y no un hombre dotado únicamente de bienes de fortuna. Hablando de esto, se expresa del modo siguiente: «Acostumbrada desde mi niñez á tratar con los grandes hombres de todas las épocas, familiarizada con las altas ideas y con los grandes ejemplos, ¿no me habrá servido el haber vivido con Platon y con todos los filósofos, poetas y políticos de la antigüedad sino para unirme á un comerciante que nada verá, juzgará ni sentirá á la manera que yo veo, juzgo y siento?»

La que esto decía acababa de ser pedida á sus padres por un rico carnicero vecino suyo. Ella se negó abiertamente á este enlace, diciendo á su padre: «Yo no descenderé jamás del mundo de mis nobles quimeras. Lo que yo quiero no es tener un estado, sino amar y ser amada de uno que merezca el título de hombre. Preferiría morir soltera á unir mi alma á la de un sér que no fuese capaz de comprenderla».

Privada de su cariñosa madre, arrebatada por una muerte prematura, enteramente sola en la casa paterna, donde empezaba ya á entrar el desórden á causa de otros nuevos amores de su padre, la melancolía iba ganando terreno en su alma, aunque no logró dominarla. Reconcentrábase más dentro de sí misma, para reunir todas sus fuerzas contra el aislamiento y el infortunio, y la lectura de la *Eloisa* de Rousseau, que entónces le prestaron, hizo sobre su corazón una impresion igual á la que Plutarco había hecho en su entendimiento. Plutarco le había puesto de manifiesto la libertad. Rousseau le hizo soñar en la felicidad. El primero la había fortificado; el segundo la enternecia. Experimentó la necesidad de explayar su alma, y la tristeza fué desde entónces su musa favorita y severa. Empezó á escribir por consolarse, hablando de sus propios pensamientos, y sin ninguna intencion de llegar á ser escritora, adquirió con aquellos ejercicios solitarios la elocuencia que le sirvió en lo sucesivo para animar é inflamar el pecho de sus amigos por las máximas de la libertad.

Esta mujer, paciente y resuelta á la vez á sufrir cuanto pudiera sobrevenirle, dió por fin con el hombre antiguo en quien tantas veces había soñado su imaginacion. Este hombre era Roland de la Platière.

Una de sus compañeras de infancia, casada en Amiens, ciudad en donde Roland estaba de inspector de una fábrica, fué la que se le recomendó en una carta concebida en estos términos: «Recibirás ésta por el filósofo de quien te he hablado algunas veces. Se llama Mr. Roland, y es un hombre ilustrado, al cual no puede echársele en cara otra cosa que su culto hácia los antiguos, el desprecio en que tiene á su siglo, y el alto concepto que ha formado de sí mismo...» «Este retrato—dice madama Roland—era muy exacto. Cuando se me presentó, vi un hombre de más de cuarenta años, alto, descuidado en su modo de vestir, y altanero como todos los hombres acostumbrados á vivir aislados. Sus modales eran sencillos y sueltos, y sin tener la elegancia de las gentes del gran tono, participaban de la educacion del hombre bien nacido, de la gravedad del filósofo. Sumamente delgado, de color bastante pálido, y casi calvo, sus facciones, aunque regulares, eran poco seductoras. Una sonrisa graciosa y una viva expresion en el resto del semblante



ROLAND.

le hacian aparecer como otra figura distinta cuando se animaba hablando ó escuchando. Su voz era varonil, su hablar cortado y breve, como el de un hombre á quien faltase el aliento; sus discursos, llenos de cosas, porque su cabeza estaba llena de ideas, ocupaban más el espíritu de lo que halagaban el oido. Su discusion era algunas veces picante, pero sin armonía. Es un dón muy raro y muy poderoso sobre los sentidos este encanto de la voz; no consiste solamente en la cualidad del sonido, resulta tambien de aquella delicadeza de sensibilidad que hace variar la expresion modificando el acento.» Esto equivale á decir que Mr. Roland carecia de estas dotes.

VI

Roland era hijo de una honrada familia cuyos individuos habian sido magistrados desde mucho tiempo, y que tenian además pretensiones de nobleza. Por ser el quinto entre sus hermanos, se le habia destinado á la carrera eclesiástica. Este estado le repugnaba, por lo cual se escapó de la casa de sus padres á los diez y nueve años, y fué á refugiarse á Nantes. Admitido en casa de un armador, se disponia para hacer el viaje á las Indias; pero una enfermedad repentina le impidió embarcarse. Uno de sus parientes, inspector tambien de una fábrica en Rouen, le colocó en ella. Animada esta administracion por el espíritu de Turgot, estaba en contacto con todas las ciencias por los procedimientos de las artes, y con los más altos procedimientos de gobierno por la economía política. Hallábase poblada de filósofos, entre los cuales se distinguia Roland. El gobierno le envió á Italia para que estudiase allí la marcha y los progresos del comercio.

Alejóse con sentimiento de su jóven amiga, y le escribia con regularidad sobre materias científicas, destinando aquella correspondencia á servir de notas á una obra que se proponia escribir sobre Italia; cartas en las cuales se descubria el sentimiento á través de la ciencia, pero que se asemejaban más á los estudios de un filósofo que á las conversaciones de un amante.

A su vuelta, madama Roland volvió á ver en este hombre un amigo; su edad, su madurez, sus buenas costumbres y su habito de trabajar se le hicieron considerar como un sabio que no existia sino para la razon. En la union que meditaban, y que se parecia ménos al amor que á las antiguas asociaciones de los tiempos de Sócrates y de Platon, el uno buscaba un discípulo más bien que una mujer, y la otra un maestro más bien que un marido. Mr. Roland se volvió á Amiens, y desde allí escribió pidiendo la mano de madama Roland. Su padre se la negó rotundamente. Temia este hombre que el que queria ser su yerno fuese un cénzor de las operaciones del padre y un tirano de la hija. Informada ésta de aquella negativa por su mismo padre, se indignó y se retiró á un convento, sin sacar otra cosa de su casa que la ropa que llevaba puesta. Allí vivió con mucha estrechez, y se dedicó exclusivamente al estudio, fortificando por este medio su corazon y preparándole para hacer frente á su adverso destino. *Se vengó tratando de merecer la felicidad que se le negaba.* Por las tardes recibia á uno de sus amigos, y de dia paseaba una hora por el jardín, adquiriendo de esta suerte aquella fortaleza que le hace á uno resistir á su mala suerte, y aquella melancolía que entenece el alma y la hace alimentarse con su propia sensibilidad. Distruida con un estudio no inter-

rumpido, pudo pasar ménos mal los largos meses de invierno de su cautiverio voluntario.

Otro sentimiento amargo envenenaba interiormente hasta el mismo sacrificio que estaba haciendo. Conocía que no era correspondida, porque se figuraba que Mr. Roland, al saber su resolución, habría corrido al convento para sacarla de él; pero el tiempo transcurría, y no sólo no se presentaba Roland, sino que apenas escribía. Por fin compareció al cabo de seis meses. Este hombre volvió á inflamarse de nuevo á la vista de su amiga cautiva detras de unas rejas, y se determinó á ofrecerle su mano, que ella aceptó sin dificultad. Sin embargo, tantos cálculos, tanta vacilacion y tanta frialdad habian quitado á la jóven reclusa la poca ilusion que aún podia tener, y todos sus sentimientos hácia Roland se reducian á una grande estimacion, y nada más. Puede decirse que se sacrificó más bien que entregarse. Parecióle muy hermoso inmolarsé por hacer la felicidad de un hombre de bien; pero llevó á cabo este sacrificio con la fria calma de la razon, y sin que hubiese el más mínimo entusiasmo por parte del corazon. Su casamiento fué en ella un acto de virtud, del cual gozó, no porque fuese dulce, sino porque le pareció sublime.

Aquí volvemos á encontrar á la discípula apasionada de Rousseau. El casamiento de madama de Roland es una imitacion perfecta del de Eloisa con monsieur de Volmar. La amargura de la realidad no tardó en manifestarse bajo el heroísmo de su sacrificio. «A fuerza—dice—de ocuparme en la felicidad del hombre á quien me uní, noté que faltaba algo á la mia. No he dejado un solo instante de ver en mi marido uno de los hombres más apreciables que existen, y al cual podia honrarme de pertenecer; pero he conocido muchas veces que no habia entre nosotros paridad, y que el ascendiente de un carácter dominante, unido al que le daba á mi marido el tener veinte años más que yo, hacía que estuviese de más una de estas dos superioridades. Si vivíamos en la soledad, pasaba yo algunas horas penosas. Si frecuentábamos la sociedad, era yo amada de muchos, y notaba que podia suceder que alguno me interesase demasiado. En vista de esto, me decidí á asociarme enteramente á mi marido en el trabajo, y me hice su copista y su corrector de pruebas, desempeñando esta tarea que yo misma me habia impuesto con una humildad que no era propia de un espíritu tan libre y tan ejercitado como el mio. Pero esta humildad era hija sólo del corazon. Respetaba tanto á mi marido, que me complacia en suponer siempre que era superior á mí; temia tanto verle enfadado, y él era tan adicto á sus opiniones, que no tuve valor para contradecirle hasta al cabo de muchos años. A estos trabajos literarios se me agregaban las faenas caseras, y habiendo notado que no convenian á su delicada salud todos los alimentos, cuidaba de no darle sino los que eran saludables para él. Cuatro años vivimos juntos en Amiens, y allí llegué á ser madre y nodriza á un mismo tiempo. Trabajábamos juntos en la *Nueva Enciclopedia*, y no dejábamos estos estudios sino para dar algun paseo por fuera de la ciudad.»

Roland, hombre de carácter despótico, habia exigido á su mujer desde el momento en que se casó que no se tratase con las compañeras de colegio que vivian en Amiens, porque era celoso y no queria que su mujer quisiese á nadie más que á él. En esto traspasaba los límites de la razon, porque una union tan austera como la del matrimonio necesita explayarse de cuándo en cuándo en el seno de la amis-

tad. Esta tiranía de un sentimiento exclusivo no era compensada por el amor, porque Roland era demasiado exigente con su mujer, á la cual trataba más bien como trata un rígido preceptor á un discípulo, que como debe hacerlo un marido con su esposa. Si ésta no vacilaba en la pureza de sus sentimientos, era porque conocia lo grande del sacrificio y porque gozaba en cumplir con sus deberes, á la manera que goza el estoico con el dolor que sufre.

Al cabo de algunos años obtuvo Roland pasar con el mismo empleo á Lyon, su patria. Vivía el invierno en la ciudad, y el resto del año lo pasaba en el campo al lado de su madre, mujer respetable por su edad, pero insufrible en su trato. Madama Roland, que estaba todavía en la flor de su juventud, se hallaba martirizada entre una suegra implacable, un cuñado rebelde y un marido dominante. Aun al amor más apasionado le hubiese sido duro soportar esta amarga situacion; madama Roland, para dulcificarla, no contaba sino con el sentimiento del deber, con su filosofía, con un trabajo asiduo y con las caricias de su hijo. Esto le fué suficiente para transformar aquel austero retiro en una morada encantadora de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complace uno en seguir á Juan Jacobo Rousseau en sus primeros años.

VII

Hay al pié de las montañas del Beaujolais, en la larga hoya del Saona frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos y estrechas y tortuosas barrancadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertos de sauces, de abedules y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas no producen sino algunos melocotones silvestres y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la Platiere, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súbese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detras un huerto pequeñito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripcion de este sitio. La vista tiene, sin embargo, donde explayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes, cubiertas perpetuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven, que pudo contemplar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella habia anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podia ver por encima de los tejados de Paris se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la Platiere pasaba esta mujer su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad, que es el verdadero cultivo del corazon. Adorada por aquellas sencillas gentes, cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valia de sus conocimientos en medicina para curarlos en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres